Analytica del Sur

Psicoanálisis y Crítica

Carta a Adolfo Casais Monteiro

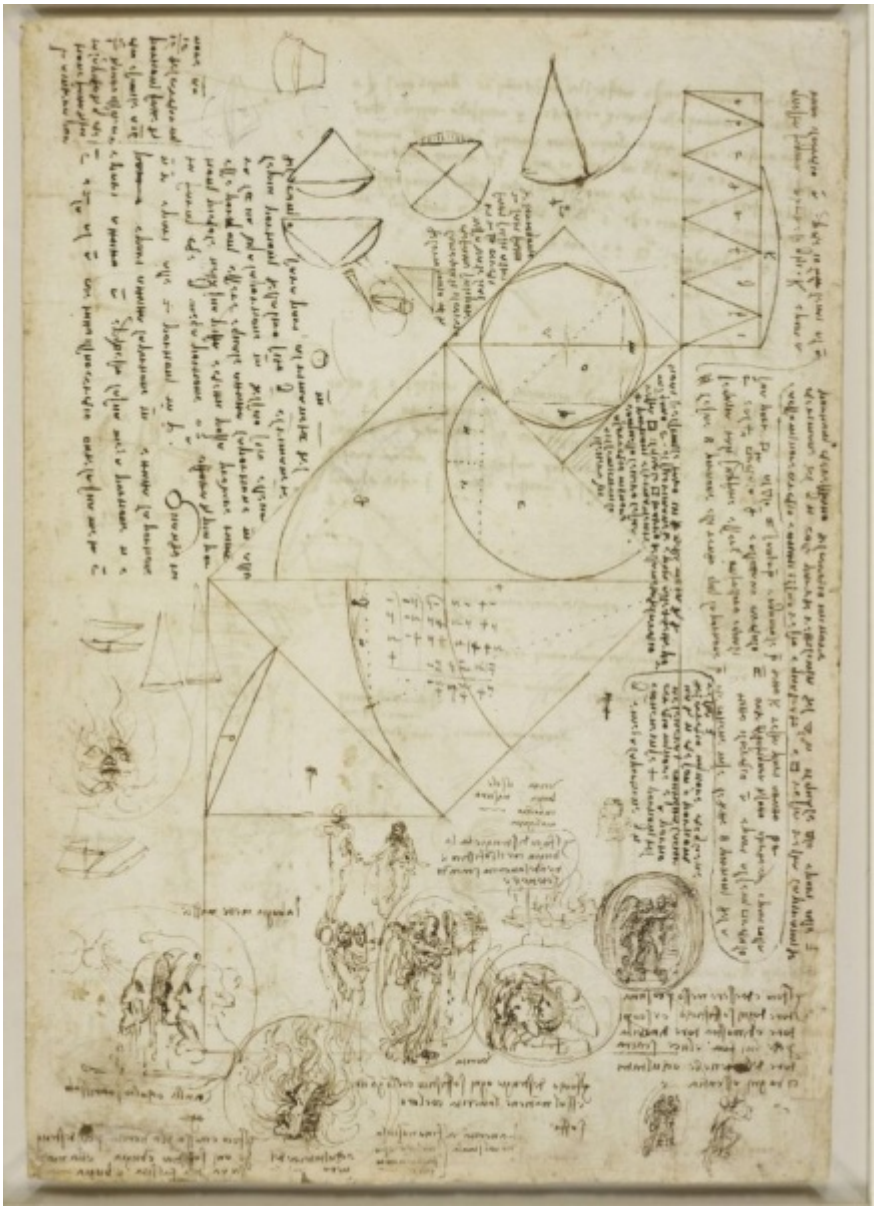
Fernando Pessoa · Wednesday, November 6th, 2019

Caja Postal 147

Lisboa, 13 de enero de 1935

Mi apreciado camarada:

Agradezco mucho su carta, la que voy a responder inmediata e íntegramente. Antes de, propiamente, comenzar, quiero pedirle disculpas por escribirle en este papel de copia. Se me acabó el decente, es domingo, y no puedo conseguir otro. Pero más vale, creo, el mal papel que la prórroga.



En primer lugar, quiero decirle que yo nunca vería “otras razones” en cualquier cosa que escribiera respecto de mí, discordando. Soy uno de los pocos poetas portugueses que no decretó su propia infalibilidad, ni toma cualquier crítica que se le haga como un acto de lesa-divinidad. Además, cualesquiera que sean mis defectos mentales, es nula en mí la tendencia a la manía de persecución. Aparte eso, conozco ya suficientemente su independencia mental, que, si me es permitido decirlo, mucho apruebo y elogio. Nunca me propuse ser Maestro o Jefe; Maestro, porque no sé enseñar, ni sé si tendría qué enseñar; Jefe, porque ni siquiera sé freír huevos. No se preocupe, pues, en cualquier ocasión, de lo que tenga que decir sobre mí. No busco cavas en los pisos nobles.

Estoy absolutamente de acuerdo con usted en que no fue feliz el estreno que hice de mí mismo con un libro de la naturaleza de *Mensagem*. Soy, de hecho, un nacionalista místico, un sebastianista racional. Pero soy, aparte de eso, y hasta en contradicción con eso, muchas otras cosas. Y esas cosas, por la misma naturaleza del libro, *Mensagem* no las incluye.

Comencé mis publicaciones con ese libro por la simple razón de que fue el primer libro que conseguí, no sé por qué, tener organizado y terminado. Como estaba listo, me incitaron a publicarlo: accedí. No lo hice, debo decir, con los ojos puestos en el posible premio del Secretariado, aunque en eso no hubiese mayor pecado intelectual. Mi libro estaba listo en septiembre y yo pensaba, incluso, que no podría concurrir al premio, pues ignoraba que el plazo

para entrega de los libros, que primitivamente era hasta fin de julio, había sido extendido hasta fines de octubre. Como, sin embargo, a finales de octubre ya había ejemplares listos de *Mensagem*, hice entrega de los que el Secretariado exigía. El libro estaba exactamente en las condiciones (nacionalismo) de concursar. Concurrí.

Cuando a veces pensaba en el orden de una futura publicación de mis obras, nunca un libro del género de *Mensagem* figuraba en número uno. Dudaba entre si debía comenzar por un libro de versos grande -un libro de unas 350 páginas-, englobando las diversas subpersonalidades de Fernando Pessoa él-mismo, o si debía hacerlo con una novela policial, que todavía no conseguí completar.

Estoy de acuerdo con usted, dije, en que no fue feliz el estreno que hice de mí mismo con la publicación de *Mensagem*. Pero concuerdo con los hechos que fue el mejor estreno que yo podía hacer. Precisamente porque esa faceta -en cierto modo secundaria- de mi personalidad nunca había sido suficientemente manifestada en mis colaboraciones en revistas (excepto en el caso del *Mar Portugués*, parte de este mismo libro)- precisamente por eso convenía que apareciese, y que apareciese ahora. Coincidió, sin que yo lo planease o lo premeditase (soy incapaz de premeditación práctica), con uno de los momentos críticos (en el sentido original de la palabra) de la remodelación del subconsciente nacional. Lo que hice casualmente y se completó por conversación, había sido exactamente trazado, con Escuadra y Compás, por el Gran Arquitecto.

(Interrumpo. No estoy loco ni bebido. Estoy, sin embargo, escribiendo directamente, tan de prisa como la máquina me lo permite, y me voy sirviendo de las expresiones que se me ocurren, sin mirar a la literatura que haya en ellas. Suponga – y hará bien en suponerlo, porque es verdad- que estoy simplemente hablando con usted)

Respondo ahora directamente a sus tres preguntas: (1) plan futuro de la publicación de mis obras, (2) génesis de mis heterónimos, y (3) ocultismo.

Hecha, en las condiciones que le indiqué, la publicación de *Mensagem*, que es una manifestación unilateral, tengo la intención de proseguir de la siguiente manera. Estoy ahora completando una versión enteramente remodelada del *Banquero Anarquista*; esa debe estar lista en breve y espero, una vez que esté lista, publicarla inmediatamente. Si así sucede, traduciré inmediatamente ese escrito al inglés, y voy a ver si lo puedo publicar en Inglaterra. Tal como debe quedar, tiene probabilidades europeas. (No tome esta frase en el sentido de Premio Nobel inmanente.) Después - y ahora respondo propiamente a su pregunta, que se reporta a la poesía- me propongo, durante el verano, reunir el tal gran volumen de los poemas pequeños de Fernando Pessoa él-mismo, y ver si lo consigo publicar a fines de este año. Será ese el volumen que Casais Monteiro espera, y es ese que yo mismo deseo que se haga. Ese, entonces, será todas las facetas, excepto la nacionalista, que *Mensagem* ya manifestó.

Me referí, como vio, sólo a Fernando Pessoa. No pienso nada de Caeiro, de Ricardo Reis o de Álvaro de Campos. Nada de eso podré hacer, en el sentido de publicar, excepto cuando (ver más arriba) me sea dado el Premio Nobel. Y con todo -lo pienso con tristeza- puse en Caeiro todo mi poder de despersonalización dramática, puse en Ricardo Reis toda mi disciplina mental, vestida de la música que le es propia, puse en Álvaro de Campos toda la emoción que no doy ni a mí ni a la vida. ¡Pensar, mi querido Casais Monteiro, que todos estos tienen que ser, en la práctica de la publicación, relegados por el impuro y simple Fernando Pessoa!

Creo que respondí a su primera pregunta.

Si fui omiso, diga en qué. Si puedo responder, responderé. Más planes no tengo, por el momento. Y, sabiendo yo lo que son y en que terminan mis planes, es caso para decir, *¡Gracias a Dios!*

Paso ahora a responder a su pregunta sobre la génesis de mis heterónimos. Voy a ver si consigo responderle completamente.

Comienzo por la parte psiquiátrica. El origen de mis heterónimos es el profundo trazo de histeria que existe en mí. No sé si soy simplemente histérico, si soy, más propiamente, un histero-neurasténico. Tiendo a esta segunda hipótesis, porque hay en mí fenómenos de abulia que la histeria, propiamente dicha, no encuadra en el registro de sus síntomas. Sea como fuere, el origen mental de mis heterónimos está en mi tendencia orgánica y constante a la despersonalización y la simulación. Estos fenómenos -felizmente para mí y para los demás- se mentalizaron en mí; quiero decir, no se manifiestan en mi vida práctica, exterior y de contacto con otros; hacen explosión hacia dentro y los vivo yo a solas conmigo. Si yo fuese mujer -en la mujer los fenómenos histéricos rompen en ataques y cosas parecidas- cada poema de Álvaro de Campos (lo más histéricamente histérico de mí) sería una alarma en el vecindario. Pero soy hombre -y en los hombres la histeria asume principalmente aspectos mentales; así todo acaba en silencio y poesía…

Esto explica, *tant bien que mal*, el origen orgánico del mi heteronimismo. Ahora voy a hacerle la historia directa de mis heterónimos. Comienzo por aquellos que murieron, y de algunos de los cuales ya no me acuerdo: los que yacen perdidos en el pasado remoto de mi infancia casi olvidada.

Desde niño tuve la tendencia a crear en torno a mí un mundo ficticio, a rodearme de amigos y conocidos que nunca existieron. (No sé, bien entendido, si realmente no existieron, o si soy yo que no existo. En estas cosas, como en todas, no debemos ser dogmáticos.) Desde que me conozco como siendo aquello a que llamo yo, recuerdo haber precisado mentalmente, en figura, movimientos, carácter e historia, diversas figuras irreales que eran para mí tan visibles y mías como las cosas de aquello a que llamamos, acaso abusivamente, vida real. Esta tendencia, que tengo desde que recuerdo ser un yo, me ha acompañado siempre, cambiando un poco el tipo de música con que me encanta, pero no alterando nunca su manera de encantar.

Recuerdo, así, el que me parece haber sido mi primer heterónimo, o, antes, mi primer conocido inexistente: un cierto Chevalier de Pas de mis seis años, por quien escribía cartas suyas a mí mismo, y cuya figura, no enteramente vaga, todavía conquista la parte de mi afecto que confina con la *saudade*. Me acuerdo, con menos nitidez, de otra figura, cuyo nombre, también extranjero, ya no tengo presente, que era, no sé en qué, rival de Chevalier de Pas… ¿Cosas que suceden a todos los niños? Sin duda; o tal vez. Pero a tal punto las viví que las vivo todavía, porque las recuerdo de tal modo que es necesario un esfuerzo para hacerme saber que no fueron realidades.

Esta tendencia a crear en torno a mí otro mundo, igual a este pero con otra gente, nunca abandonó mi imaginación. Tuvo diversas fases, entre las cuales ésta, sucedida ya en la edad madura. Se me ocurría una expresión de espíritu, absolutamente ajena, por un motivo u otro, a quien yo soy, o a quien supongo que soy. Lo decía, inmediatamente, espontáneamente, como si fuera de cierto amigo mío, cuyo nombre inventaba, cuya historia adicionaba, y cuya figura -cara, estatura, traje y gesto- inmediatamente yo veía ante mí. Y así apronté, y propagué, varios amigos y conocidos que nunca existieron, pero que todavía hoy, a casi treinta años de distancia, oigo, siento, veo. Repito: oigo, siento, veo… Y tengo *saudades* de ellos.

(Comenzando a hablar -y escribir a máquina es para mí hablar-, me cuesta encontrar freno. ¡Basta de darle lata, Casais Monteiro! Voy a entrar en la génesis de mis heterónimos literarios, que es, finalmente, lo que usted quiere saber. En todo caso, lo dicho más arriba le proporciona la historia de la madre que los dio a luz).

Allí por 1912, salvo error (que nunca puede ser grande), me vino a la idea escribir unos poemas de índole pagana. Esbocé unas cosas en verso irregular (no en el estilo Álvaro de Campos, mas en un estilo de media regularidad), y abandoné el caso. Se me había esbozado, con todo, en una penumbra mal urdida, un vago retrato de la persona que estaba haciendo aquello. (Había nacido, sin que yo lo supiera, Ricardo Reis.)

Año y medio, o dos años después, un día se me ocurrió jugarle una broma a Sá-Carneiro: inventar un poeta bucólico, de especie complicada, y presentarlo, ya no me acuerdo cómo, en alguna especie de realidad. Pasé algunos días elaborando al poeta pero nada conseguí. Un día en que finalmente había desistido -fue el 8 de Marzo de 1914- me acerqué a una cómoda alta y, tomando un papel, comencé a escribir, de pie, como escribo siempre que puedo. Y escribí treinta y tantos poemas al hilo, en una especie de éxtasis cuya naturaleza no conseguiré definir. Fue el día triunfal de mi vida, y nunca podré tener otro así. Abrí con un título, *El Guardador de Rebaños.* Y lo que siguió fue la aparición de alguien en mí, a quien di inmediatamente el nombre de Alberto Caeiro. Discúlpeme lo absurdo de la frase: había aparecido en mí mi maestro. Fue esa la sensación inmediata que tuve. Y tanto así que, escritos que fueron esos treinta y tantos poemas, inmediatamente tomé otro papel y escribí, al hilo, también, los seis poemas que constituyen *Lluvia Oblicua*, de Fernando Pessoa. Inmediata y totalmente… Fue el regreso de Fernando Pessoa-Alberto Caeiro a Fernando Pessoa-él solo. O, mejor, fue la reacción de Fernando Pessoa contra su inexistencia como Alberto Caeiro.

Aparecido Alberto Caeiro, de inmediato traté de descubrirle -instintiva y subconscientemente- unos discípulos. Arranqué de su falso paganismo al Ricardo Reis latente, le descubrí el nombre y lo ajusté a él mismo, porque a esta altura ya lo *veía*. Y, de repente, y en derivación opuesta a la de Ricardo Reis, me surgió impetuosamente un nuevo individuo. En un chorro, y a máquina de escribir, sin interrupción ni enmienda, surgió la *Oda Triunfal* de Álvaro de Campos: la Oda con ese nombre y el hombre con el nombre que tiene.

Creé, entonces, una *coterie* inexistente. Fijé todo aquello en moldes de realidad. Gradué las influencias, conocí las amistades, oí, dentro de mí, las discusiones y las divergencias de criterios, y en todo esto me parece que fui yo, creador de todo, lo que menos hubo allí. Parece que todo sucedió independientemente de mí. Y parece que todavía así sucede. Si algún día yo pudiera publicar la discusión estética entre Ricardo Reis y Álvaro de Campos, verá cuan diferentes son, y como yo no soy nada en la materia.

Cuando preparábamos la publicación de *Orpheu*, fue necesario, a última hora, conseguir algo para completar el número de páginas. Le sugerí entonces a Sá-Carneiro componer yo un poema "antiguo" de Álvaro de Campos: un poema de cómo sería Álvaro de Campos antes de conocer a Caeiro y caer bajo su influencia. Y así hice *Opiario*, donde intenté expresar todas las tendencias latentes de Álvaro de Campos, conforme habrían de ser después reveladas, pero sin que hubiera todavía algún indicio de contacto con su maestro Caeiro. De los poemas que he escrito fue el que me dio más que hacer, por el doble poder de despersonalización que tuve que desarrollar. Pero, finalmente, creo que no salió mal, y que muestra a Álvaro en capullo…

Creo que le expliqué el origen de mis heterónimos. Si hay, no obstante, algún punto del que precise un esclarecimiento más lúcido -estoy escribiendo de prisa, y cuando escribo de prisa no soy muy lúcido-, dígame, que de buen grado lo daré. Y, es verdad, un complemento verdadero e histérico: al escribir ciertos pasajes de las *Notas para el recuerdo de mi Maestro Caeiro*, de Álvaro de Campos, he llorado lágrimas verdaderas. ¡Es para que sepa con quien está lidiando, mi querido Casais Monteiro!

Unos apuntes más sobre el asunto… Yo *veo* frente a mí, en el espacio incoloro pero real del sueño, las caras, los gestos de Caeiro, Ricardo Reis y Álvaro de Campos. Les construí las edades y las vidas. Ricardo Reis nació en 1887 (no recuerdo día y mes, pero los tengo en algún lado), en Porto, es médico y actualmente está en Brasil. Alberto Caeiro nació en 1889 y murió en 1915; nació en Lisboa, pero vivió casi toda su vida en el campo. No tuvo profesión ni educación casi ninguna. Álvaro de Campos nació en Tavira, el día 15 de Octubre de 1890 (a las 1,30 de la tarde, me dice Ferreira Gomes; y es verdad, pues, hecho el horóscopo para esa hora, está bien). Éste, como sabe, es ingeniero naval (por *Glasgow*), pero ahora está aquí en Lisboa, inactivo. Caeiro era de estatura media, y, aunque realmente frágil (murió tuberculoso), no parecía tan frágil como era. Ricardo Reis es un poco, pero muy poco, más bajo, más fuerte, más seco. Álvaro de Campos es alto 1,75 m de altura, 2 cm. más que yo), magro y un poco tendiente a encorvarse. Cara afeitada todos: Caeiro rubio sin color, ojos azules; Reis de un vago moreno mate; Campos entre blanco y moreno, tipo vagamente de judío portugués, cabello, sin embargo, liso y normalmente con raya al costado, monóculo. Caeiro, como dije, no tuvo más educación que casi ninguna: sólo instrucción primaria; se le murieron temprano el padre y la madre, y se dejó estar en casa, viviendo de unas pequeñas rentas. Vivía con una tía vieja, tía abuela. Ricardo Reis, educado en un colegio de jesuitas, es, como dije, médico; vive en Brasil desde 1919, pues se expatrió espontáneamente por ser monárquico. Es un latinista por educación ajena, y un semi-helenista por educación propia. Álvaro de Campos tuvo una educación común de liceo; después fue enviado a Escocia a estudiar ingeniería, primero mecánica y después naval. En unas vacaciones, hizo el viaje al Oriente de donde resultó *Opiario*. Le enseñó latín un tío de Beira que era sacerdote.

¿Cómo escribo en nombre de esos tres?… Caeiro por pura e inesperada inspiración, sin saber o siquiera calcular qué iría a escribir. Ricardo Reis, después de una deliberación abstracta, que súbitamente se concretiza en una oda. Campos, cuando siento un súbito impulso de escribir y no sé qué. (Mi semi-heterónimo Bernardo Soares, que por otra parte en muchas cosas se parece a Álvaro de Campos, aparece siempre que estoy cansado o somnoliento, de suerte que tenga un poco suspendidas las cualidades de raciocinio y de inhibición; aquella prosa es un constante devaneo. Es un semi-heterónimo porque, no siendo la personalidad mía, no es diferente de la mía, sino una simple mutilación de ella. Soy yo menos el raciocinio y la afectividad. La prosa, salvo lo que el raciocinio proporciona de tenue a la mía, es igual a ésta, y el portugués perfectamente igual; mientras que Caeiro escribía mal el portugués, Campos razonablemente pero con lapsus como decir “yo propio” en vez de “yo mismo”, etc., Reis mejor que yo, pero con un purismo que considero exagerado. Lo difícil para mí es escribir la prosa de Reis -todavía inédita- o de Campos. La simulación es más fácil, incluso porque es más espontánea, en verso.)

A esta altura estará usted, Casais Monteiro, pensando qué mala suerte lo hizo caer, por lectura, en medio de un manicomio. En todo caso, lo peor de todo esto es la incoherencia con que lo he escrito. Repito, sin embargo: escribo como si estuviese hablando con usted, para poder escribirle inmediatamente. No siendo así, pasarían meses sin que consiguiera escribir. (*)

Falta responder a su pregunta sobre el ocultismo. Me pregunta si creo en el ocultismo. Hecha así, la

pregunta no es del todo clara; comprendo sin embargo la intención y a ella respondo. Creo en la existencia de mundos superiores al nuestro y de habitantes de esos mundos, en experiencias de diversos grados de espiritualidad, sutilizándose hasta llegar a un Ente Supremo, que presumiblemente creó este mundo. Puede ser que haya otros Entes, igualmente Supremos, que hayan creado otros universos, y que esos universos coexistan con el nuestro, interpenetradamente o no. Por estas razones, y aun otras, la Orden Externa del Ocultismo, o sea, la Masonería, evita (excepto la Masonería anglosajona) la expresión "Dios", dadas sus implicaciones teológicas y populares, y prefiere decir "Gran Arquitecto del Universo", expresión que deja en blanco el problema de si Él es Creador, o simple Gobernador del mundo. Dadas estas escalas de seres, no creo en la comunicación directa con Dios, pero, según nuestra afinación espiritual, podremos ir comunicando con seres cada vez más altos. Hay tres caminos hacia lo oculto: el camino mágico (incluyendo prácticas como las del espiritismo, intelectualmente al nivel de la brujería, que es magia también), camino éste extremadamente peligroso, en todos los sentidos; el camino místico, que no tiene propiamente peligros, pero es incierto y lento; y el que se llama camino alquímico, el más difícil y el más perfecto de todos, porque comprende una transmutación de la propia personalidad que la *prepara*, sin grandes riesgos, o antes, con defensas que los otros caminos no tienen. En cuanto a la "iniciación" o no, puedo decirle sólo esto, que no sé si responde a su pregunta: no pertenezco a Orden Iniciática ninguna. La cita, epígrafe a mi poema *Eros y Psique*, de un pasaje (traducido, pues el *Ritual* es en latín) del Ritual del Tercer Grado de la Orden Templaria de Portugal, indica simplemente -lo que es un hecho- que me fue permitido hojear los Rituales de los tres primeros grados de esa Orden, extinta, o en letargo desde cerca de 1888. Si no estuviese en letargo, yo no citaría el pasaje del Ritual, pues no se deben citar (indicando el origen) pasajes de Rituales que están en ejercicio. (**)

Creo así, mi querido camarada, haber respondido, si bien con ciertas incoherencias, a sus preguntas. Si hay otras que desea hacerme, no dude en hacerlas. Responderé conforme pueda y lo mejor que pueda. Lo que podrá suceder, y esto me lo disculpará desde ya, es que no responda tan de prisa.

Lo abraza el camarada que mucho lo estima y admira.

Fernando Pessoa

P.D. (!!!)

– Lisboa, 14 de enero de 1935

Además de la copia que normalmente hago para mí, cuando escribo a máquina, de cualquier carta que envuelve explicaciones del orden de las que esta contiene, hice una copia suplementaria, tanto para el caso de que esta carta se extravíe, como para el de, posiblemente, serle necesaria para cualquier otro fin. Esa copia está siempre a sus órdenes. Otra cosa. Puede ser que, para algún estudio suyo, u otro fin análogo, precise, en el futuro, citar algún pasaje de esta carta. Queda desde ya autorizado a hacerlo, pero con una reserva, y le pido licencia para acentuarla. El parágrafo sobre ocultismo, en la página 7 de mi carta, no puede ser reproducido en letra impresa. Creo que puedo, al responder su pregunta, salir deliberadamente un poco afuera de los límites que son naturales en esta materia.

Se trata de una carta particular, y por eso no dudé en hacerlo. Nada obsta a que lea ese parágrafo a quien quiera, siempre que esa otra persona obedezca también al criterio de no reproducir en letra

impresa lo que en ese parágrafo va escrito. Creo que puedo contar con usted para tal fin negativo.

Continúo adeudándole la carta ultra-debida sobre sus últimos libros. Mantengo lo que creo que le dije en mi carta anterior: cuando ahora (creo que será sólo en febrero) vaya a pasar algunos días en Estoril, pondré esa correspondencia en orden, pues estoy en deuda, en esta materia, no sólo con usted, sino también con otras personas.

Se me ocurre preguntar de nuevo una cosa que ya le pregunté y a la que me no respondió: ¿recibió mis folletos de versos en inglés, que hace tiempo le envié?

“Para mi gobierno”, como se dice en lenguaje comercial, le pediría que me indicase lo antes posible si recibió esta carta.

Gracias.

Fernando Pessoa

This entry was posted on Wednesday, November 6th, 2019 at 5:02 pm and is filed under 9, Dominancias
You can follow any responses to this entry through the Comments (RSS) feed. Responses are currently closed, but you can trackback from your own site.